

utilizar el concepto de *identidad*, pues ello representa la negación de la transformación para un individuo o un grupo, siendo sinónimo de inmutabilidad.

Otro de los elementos sometidos por Pomara a debate es el binomio *inclusión-exclusión*, es decir, el de las relaciones de convivencia entre la población indígena –o natural– de un territorio, y los nuevos habitantes emigrados, en solitario o en grupo, sedentarios o no. Como sugiere el autor, los primeros contactos debieron estar caracterizados por una mezcla de miedo y curiosidad. Sin embargo, la historia de los moriscos en Italia no fue un problema de orden público y su presencia fue reducida, silenciosa. Apenas hay menciones sobre actividades ilícitas llevadas a cabo por miembros de la comunidad morisca, ni parece que existiera una psicosis colectiva como sí debió ocurrir en los reinos hispánicos de la península ibérica. Al contrario de lo que había pasado en los reinos de la Corona castellana y aragonesa, la presencia morisca en Italia no fue masiva y por ello no surgió contra ellos una retórica quintacolumnista. En la cotidianidad, la sospecha religiosa hacia los refugiados no estuvo muy extendida entre la población local.

El de *movilidad* es otro de los conceptos que el autor trata de explicar, íntimamente ligado con el de diáspora y el de identidad, y clave para entender ambas cuestiones. La migración de estos refugiados estuvo condicionada por factores de naturaleza exógena, que bien pudo impedirles entrar en un territorio o afectarles una vez asentados. Esta cuestión es también una fuente de problemas psicológicos, inseguridades, miedos e incertidumbres, elementos clave para Pomara a la hora de analizar la figura del morisco. “No hay un trauma colectivo, sino miles”, alega el historiador: cada individuo procesa de una forma distinta un mismo evento, una misma migración, y hay miles de experiencias de movilidad. Experiencias que se entrecruzan con el sistema sociocultural y político a todos los niveles y hacen que el carácter del sujeto varíe inevitablemente. Por otro lado, el morisco puede habitar también en esa movilidad, convirtiéndose en lo que la historiografía ha denominado como un *go-between*, figuras puente de cultura flexible que unen sociedades contrarias, al menos, en los discursos oficiales.

El libro *Rifugiati. I moriscos e l'Italia* introduce al lector en las historias de los moriscos que buscaron en la península italiana un nuevo lugar donde seguir viviendo. En su nuevo hogar, los refugiados se convirtieron en una minoría silenciosa, poco conflictiva, que terminó por diluirse entre la población natural, con cuyos habitantes forjaron relaciones familiares o de amistad. Las hibridaciones que nacieron de estos contactos permiten, en definitiva, desafiar las narrativas nacionales europeas y entender mejor nuestra propia actualidad.

ÁLVARO CASILLAS PÉREZ  
Universidad de Alcalá de Henares

REY CASTELAO, O y COWEN, P. (eds.): *Familias en el Viejo y el Nuevo Mundo*. La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 2017.

“Durante la Edad Moderna, el individuo se desarrollaba en, por y para la familia” (p. 272). Esta cita de Antonio Irigoyen, traída a colación en uno de los textos que componen la obra colectiva que vamos a reseñar, condensa *grosso modo* y a nuestro modo de ver el espíritu de la misma; el hilo conductor que conecta la totalidad de aportaciones que la componen. La convergencia de distintos planos de análisis socioeconómico (individuo-familia, privado-público, macro-micro, urbano-rural, elites-clases populares...) en un marco espacial que se extiende

a ambas orillas del Atlántico, desde el centro hasta los confines más remotos de la monarquía hispánica, aporta a esta publicación el valor añadido de huir de la zona de confort de los enfoques clásicos y abordar una tarea nada desdeñable: realizar una nueva aportación de carácter comparativo al vasto campo de la historia de la familia, acercando dos realidades conectadas históricamente, pero tradicionalmente segregadas por determinados enfoques historiográficos.

Cabe remarcar que, como dejan claro los editores en la introducción de esta publicación, no estamos ante un balance historiográfico actualizado, sino que lo que se ofrece al lector son enfoques diversos, que toman “*como eje de desarrollo el concepto de familia en un amplio sentido, demográfico y social*” (p. 22). Lo primero que hay que recalcar es precisamente la amplitud y transversalidad del concepto de “familia”, denominador común de esta obra, concebido desde la acepción más amplia del término, trazando puentes entre la realidad de la estructura familiar castellana y su impacto en la sociedad colonial americana. Un vistazo rápido al índice nos permite hacernos una idea de la magnitud del campo de estudio abordado (obviamente no de manera exhaustiva) y la heterogeneidad de miradas y metodologías derivadas de la labor de una veintena de autores, repartida en dieciséis textos (incluyendo el prólogo y la introducción a la obra).

No resulta fácil sintetizar la información contenida en todos ellos, por los factores ya reseñados, aunque la lectura detenida de esta obra permite adentrarnos en diversas líneas de investigación que forman parte de la profunda revisión historiográfica de los estudios sociales en torno a la familia. La obra se estructura en dos grandes bloques, claramente diferenciados en base al origen de los autores. El primero de ellos recoge los trabajos de historiadores españoles, con planteamientos que van desde una revisión del contexto historiográfico reciente en torno a los estudios sociales de la familia en España e Iberoamérica al análisis concreto de determinados sectores sociales presentes en el ámbito colonial, en buena medida gracias al apoyo de sus redes familiares, las cuales por lo general mantuvieron una conexión estrecha con sus orígenes metropolitanos. En la segunda parte del libro se reúnen toda una serie de textos de especialistas procedentes de universidades argentinas, que reflejan las diferencias de aproximación a esta materia en el ámbito iberoamericano, comenzando por la cronología, que principalmente se sitúa en el periodo tardo-colonial y las fases coetáneas o posteriores a los procesos de independencia. A partir de este enfoque, se abordan aspectos más concretos, que desde un punto de vista geográfico se circunscriben al entorno rioplatense, con especial atención al caso bonaerense.

Tras los ya mencionados textos introductorios, a cargo de María Marta Lobo de Araújo, por un lado, y de Ofelia Rey y Pablo Cowen (editores de la obra) por otro, se da paso a una nutrida selección de textos, en los que la mirada comparada está siempre presente, pese a la diversidad de objetos de estudio. El primero de ellos es un interesante y necesario estado de la cuestión, en el que Francisco García González y Francisco Javier Crespo Sánchez sobrevuelan la historiografía reciente en torno a los estudios sociales de la familia, remarcando no sólo los éxitos, sino también los desafíos y lagunas existentes en torno a este campo de estudio. La perspectiva comparada que conecta el Viejo y el Nuevo Mundo ha sido abordada de manera recurrente en los últimos años a partir de la riqueza informativa que nos aporta la abundante correspondencia que circuló entre España y América a partir del momento mismo del descubrimiento. Rocío Sánchez Rubio e Isabel Testón Núñez reivindican la utilidad de esta fuente, que combina la esfera privada y pública y en la que se entrelazan los hilos que tejan unas tupidas redes familiares de carácter transnacional, planteando así mismo los problemas heurísticos que se derivan de su uso.

Los trabajos que se suceden a continuación abordan realidades más concretas, analizando diferentes sectores sociales que desarrollaron sus trayectorias en ambas orillas del Atlántico,

sirviéndose para ello de los vínculos familiares. Nos referimos a sectores destacados dentro del contexto colonial, tales como los emigrantes del norte de la Península Ibérica entre los siglos XVII y XVIII, analizados por Alberto Angulo Morales, remarcando el asociacionismo desarrollados por estos a partir de lazos familiares o de paisanaje. Por su parte, Francisco Andújar Castillo nos aproxima al entramado administrativo colonial, a través de numerosos ejemplos de personajes que basaron buena parte de sus expectativas de promoción social en los nexos familiares y los vínculos entre las elites, remarcando el problema que representó la venalidad de cargos, especialmente recurrente en el contexto americano.

El análisis que realiza Enrique Soria Mesa en torno al origen de la nobleza indiana y su imbricación con familias de origen judeoconverso resulta revelador, poniendo este autor una vez más en cuestión el concepto de “limpieza de sangre”. Sus afirmaciones descansan sobre una incuestionable labor de rastreo documental, que arroja luz sobre la sombría historiografía clásica, que había ocultado esta realidad incuestionable de manera intencionada. Del mismo modo, María Luisa Candau Chacón pone el acento sobre la perspectiva de género, analizando el rol femenino dentro de las familias de Antiguo Régimen. Concretamente se centra en el estudio del papel del honor como valor moral, contraponiendo los discursos teóricos y las prácticas sociales tanto en España como en Ultramar.

La polisemia es uno de los factores que caracterizan el concepto de familia que se emplea en esta obra, yendo mucho más allá de los estrictos lazos de sangre e incorporando estudios que abordan las estrategias familiares dentro del estamento eclesiástico. Ángela Atienza López y Luis Betrán Moya examinan los lazos e intereses proyectados por las familias acomodadas en las fundaciones de conventos y la labor de patronazgo (nada desinteresada) llevada a cabo sobre el clero regular, tanto masculino como femenino, como parte de las estrategias sociales y del capital relacional de estas poderosas familias. Por su parte, Fernando Suárez Golán se aproxima a una realidad poco estudiada dentro de la historiografía española, las familias de preladados, entendiendo como tal al séquito de personas que rodeaban y servían a las dignidades eclesiásticas, su modo de vida y la labor de proyección social de estas familiaturas de carácter religioso.

Concluido el primer bloque de trabajos de especialistas españoles, se da paso a otros seis textos de autores argentinos, que complementan la perspectiva comparada de esta obra. En ellos, predominan los enfoques micro, a través de aportaciones más específicas que remiten a espacios y realidades familiares del entorno del Río de la Plata.

Bibiana Andreucci analiza la evolución de las estrategias de transmisión patrimonial entre las familias campesinas del entorno rural bonaerense, remarcando las diferencias entre el periodo tardo-colonial y las primeras décadas del siglo XIX y reivindicando las divergencias entre la norma hereditaria (marcada por la tendencia al reparto igualitario de tradición castellana) y la práctica social, que ponía en marcha estrategias para corregir los efectos disruptivos del reparto equitativo de tierras. Por su parte, Carlos María Birocco responde negativamente a la cuestión de si existió una verdadera oligarquía urbana en el gobierno de Buenos Aires durante el siglo XVII y comienzos del XVIII, ante la ausencia de nobleza titulada, remarcando la movilidad social de los linajes gobernantes y la necesidad de construir redes sociales más amplias, capaces de beneficiarse de coyunturas variables.

Cambiando el enfoque hacia otros derroteros, temáticos y cronológicos, Cristina Beatriz Fernández analiza la “teoría del amor” definida por José Ingenieros, uno de los intelectuales argentinos más influyentes de las primeras décadas del siglo XX, relacionado con el pensamiento libertario y la doctrina eugenésica. Volviendo nuevamente al siglo XVIII, Josefina Mallo hace referencia a otro colectivo social condicionado por las estrategias familiares, los comerciantes es-

pañoles establecidos en Buenos Aires, analizando el comportamiento emocional de la familia a través de casos concretos, como el de los hermanos Callejas o el de su socio Ramón García Pérez. De la misma manera, María Cecilia Rossi se aproxima al estudio familiar del primer agente borbónico llegado a Santiago del Estero tras la proclamación de la nueva dinastía borbónica, Esteban de Urrejola y Zarza, analizando las estrategias sociales y económicas que le permitieron encumbrarse dentro de una sociedad en proceso de transformación durante la primera mitad del siglo XVIII. Por último, el capítulo de Osvaldo Otero cierra esta obra colectiva, aportando una perspectiva original: la conexión entre las familias y las viviendas, a partir de la concepción de los valores sociales que se derivan de la posesión de determinados objetos.

Nos encontramos pues ante una obra coral y de naturaleza comparativa, que no pretende agotar o dar por cerrado nada, sino que aporta nuevos enfoques y miradas transatlánticas a uno de los campos más cultivados y fértiles de la historiografía modernista española e iberoamericana; la historia de la familia. El carácter abierto de esta publicación (plasmado en edición en formato digital y acceso abierto) es una de las principales virtudes de una obra que forma parte de la Colección de Monografías HisMundI, fruto de la actividad investigadora y divulgativa de la *Red Interuniversitaria de Historia del Mundo Ibérico: del Antiguo Régimen a las Independencias*, de la que forman parte diversas universidades argentinas (La Plata, Rosario y Mar del Plata) y españolas (Cantabria y País Vasco).

DANIEL MUÑOZ NAVARRO  
Universitat de València

NEGREDO DEL CERRO, Fernando: *La Guerra de los Treinta Años. Una visión desde la Monarquía Hispánica*, Editorial Síntesis, Madrid, 2016, 366 págs.

En los últimos años la Editorial Síntesis ha aumentado su catálogo de títulos de historia, a través de varias colecciones repartidas por épocas que intentan ofrecer obras de divulgación sobre temas generales que, al mismo tiempo, sean de interés para estudiantes y especialistas. Este es el caso de la serie *Temas de Historia Moderna* que, coordinada por Enrique Martínez Ruiz, lleva publicados casi una veintena de trabajos, centrados tanto en territorios que cuentan con pocas monografías de síntesis en castellano –El Imperio Otomano o La India–, como en materias más concretas que, por verse constantemente ampliadas, pueden ser objeto de un nuevo estado de la cuestión que las ordene y critique.

El trabajo de Fernando Negredo aúna esta doble vocación. Por una parte aborda el estudio de uno de esos temas específicos –Guerra de los Treinta Años– sobre los que existe una producción tan amplia que resulta difícilmente abarcable, pero también ofrece una visión panorámica de los procesos políticos que afectaron al Sacro Imperio Romano Germánico –un espacio poco visitado por la historiografía española– en una coyuntura tan importante para devenir de Europa como fueron los decenios centrales del siglo XVII.

Para ello el autor divide el libro en diez capítulos organizados en cinco partes. El orden que sigue es cronológico, partiendo de los difíciles equilibrios políticos, religiosos y dinásticos del Imperio posterior a la Paz de Augsburgo –y en particular de Bohemia–, para ahondar a continuación en las causas de la rebelión de 1618 y los motivos por los que se fue tornando en un conflicto europeo. Desde aquí cada parte responde y se amolda a las fases clásicas de la conflagración, con la voluntad expresa de construir un texto asequible para varios tipos de lector que no pretende competir con las grandes obras sobre el tema. A esta labor ayuda sin